

sus auxilios cuanto podia promover en Francia los intereses del catolicismo puro, en detrimento y hasta exterminio de los calvinistas. Todos los actos de pacificacion y tolerancia con estos sectarios, excitaban su indignacion y provocaban sus reclamaciones. Los calvinistas de Francia fueron para él una continua pesadilla. Como hereges los aborrecia; como aliados naturales de los flamencos, eran para él objeto de eternas inquietudes.

El advenimiento de Enrique III no debió de tranquilizar á un rey de vista tan penetrante, y que por conductos tan seguros debia de estar bien informado de lo que pasaba. Ni la declaracion de Enrique, ni sus devociones, ni sus penitencias, debieron de hacer grande impresion sobre el ánimo de Felipe II, que tendria buenos datos de la indolencia, de los vicios y de las disoluciones de aquel príncipe. El último tratado de pacificacion irritó probablemente tanto al rey de España como á los ardientes católicos de Francia. Demasiadas pruebas tenia de que Catalina de Médicis se movia mas por intereses puramente políticos de poder y mando, que por principios religiosos. En cuanto al rey, acababa de dar una prueba evidente de que si se mostraba buen católico, sabia ceder á la furia de las tempestades en lugar de oponerles un corazon decidido y animoso.

Hé aquí todas las consideraciones que hacen creer, aunque no constase por cartas fidedignas, que el rey de España miró con agrado y ojos de favor la formacion de una liga destinada á reparar los males que habia causado y podia causar en adelante la política torcida del monarca. Si Felipe II no fué el primer promotor, se puede considerar como el grande aliado, el alma de esta asociacion, identificada con sus sentimientos, tan útil á sus intereses. Por esta estrecha conexion entre Felipe II y los grandes acontecimientos que tenian lugar en Francia, entramos en tantos pormenores acerca de su naturaleza y sus tendencias.

Volviendo al hilo de la santa liga, cundió la aso-

ciacion desde París, que era su gran centro, á todas las provincias en que el catolicismo dominaba. Todos los hombres celosos por la conservacion y lustre del antiguo culto, corrieron á alistarse en sus banderas. Todo el fuego del fanatismo manifestado cinco ó seis años antes en los terribles choques con los calvinistas, revivió con la misma actividad, con el mismo deseo de venganzas, con la misma sed de sangre. En todas partes se presentó la asociacion sin velo ni disfraz alguno: el estandarte de la liga santa se alzó del modo mas público y solemne.

Cuando se forman asociaciones de esta clase á presencia y con aislamiento de un monarca que hasta cierto punto pertenece á las mismas opiniones, se puede decir que este rey ha perdido su prestigio, que este rey se halla virtualmente destronado. Una asociacion calvinista nada hubiera tenido de humillador para Enrique III; mas una liga de los católicos celosos sin contar para nada con un rey que de católico tan celoso blasonaba, le hacia ver que no podia ó no queria defenderlos, que no les parecia en fin digno de ponerse á su cabeza. Era sin duda tan duro el lenguaje, como difícil y espinosa la situacion del rey con quien se usaba.

¿Y qué partido tomaria? ¿Disiparia por un acto de su autoridad la santa liga? No tenia bastantes fuerzas para ello. ¿Estrecharia sus relaciones con los calvinistas? Era un paso en extremo peligroso, pues ademas de quedarse en minoría, iba á concitar contra él la masa nacional, con gran peligro de su trono. El asunto era muy sério, el tiro de muy largo alcance. La liga se fortificaba mas y mas, y el número de los prosélitos aumentaba en todos los ángulos del reino. Se armaban las ciudades principales en defensa de la fé católica, y los deseos de todos eran unos. Si los mas moderados no pensaban por este acto sustraerse á la autoridad del rey, entre los mas ardientes y fanáticos se trataba nada menos que de destruirle. Y para allanar mas el camino de la sucesion al idolo del pueblo y de la liga, al duque de Guisa, llega-

ron á forjarle sus parciales un árbol genealógico que le hacia descender de Carlo Magno; genealogía muy falsa, mas que no por esto hacia menos impresion en los animos de la muchedumbre.

Indeciso el rey, creyó salir de este cuidado convocando los Estados generales para Blois, adonde debían concurrir para el 15 de noviembre de 1576, segun órdenes expedidas al efecto. Se componían estas asambleas de tres estados, brazos ó estamentos. Figuraba en primer lugar el alto clero; en segundo la nobleza; en el tercero los representantes de las ciudades, villas ó corporaciones populares. Se daba á este último el nombre de tercer estado (*tiers état*). Deliberaban por separado los tres brazos, y solo ejercían el derecho de petición ó súplica, que en ciertos casos como el que nos ocupa, equivalía á una exigencia.

A pesar de las intrigas de la corte para que viniesen á la asamblea hombres de todos los partidos, recayeron las elecciones del tercer estado por la mayor parte en los liguistas. Los nombrados de entre los hugonotes eran detenidos en el camino por sus contrarios, quienes para que no se presentasen en Blois ejercían en ellos toda suerte de violencias. Estaban tan lejos de recibir su ejecución los artículos del último edicto de pacificación, que aun no se habían restituido y puesto en libertad los prisioneros de una y otra parte. Los calvinistas se quejaban, pero sin efecto, pues mas poderosa que el gobierno era la liga. Mientras se reunían los Estados deliberaba el rey en su Consejo sobre la conducta que debería seguir en esta efervescencia de los ánimos. Y como se creía que una de las peticiones de los estados había de ser la revocación del último edicto, y que no se tolerase en Francia mas culto que el catolicismo, se decidió al fin que diese el rey su asentimiento á la medida.

En 6 de setiembre del mismo año se abrieron solemnemente los estados. Les dirigió el rey un discurso desde el trono, lamentando los males que afligian al

pais por la animosidad que agitaba á los partidos, pidiendo á los estados le auxiliasen en la obra difícil de establecer la paz y la concordia entre sus súbditos. No tocó el rey el punto de la liga, ni dió á entender que era sabedor del gran proyecto de sus partidarios.

No tardaron éstos en manifestar al rey sus intenciones, pidiendo con solemnidad la revocación del edicto de pacificación, suplicando al rey no permitiese en Francia el ejercicio de otra religion que la católica. Dió gratos oídos Enrique III á esta proposición de los estados, y prometió su cumplimiento segun la resolución tomada en el Consejo. Para dar muestra de que adoptaba las ideas de la asamblea y entraba en ellas con sinceridad, se declaró jefe de la liga santa y firmó los capítulos de esta asociación, en que los miembros mas poderosos é influyentes aspiraban sin duda á destronarle.

Gradúan todos los historiadores de gran debilidad este acto del monarca. Mas ¿qué otro recurso le quedaba? ¿Permanecería fuera de la vasta asociación que blasonaba de representar los verdaderos intereses de la Francia? ¿Chocaría de frente con los que se llamaban campeones de la religion católica? ¿Disolvería violentamente una asamblea convocada por él mismo, y cuyas peticiones tenían todo el mandato? Para Enrique III no había ya elección. Al triste papel de *jefe nominal* de la liga tenía que reducirse, si no quería pasar por mas serios desaires, por humillaciones mas marcadas. Se puede decir que Enrique III dejó de hecho de ser rey, desde el momento que el gran partido católico, es decir, la mayoría nacional, cesó de considerarle como su representante.

Ademas del gran asunto de la revocación, se ocuparon los estados de Blois en arreglos interiores de un orden secundario, relativo á la organización del pais, y sobre todo de las municipalidades. En todos estos actos traspiraba la tendencia á fortificar el poder de las asociaciones populares contra las influencias del monarca.

Es muy de notar que el mismo espíritu republicano que animaba al calvinismo, se manifestaba en los católicos que desconfiaban de la corte, y en los esfuerzos de su propio valor cifraban la victoria sobre sus rivales.

Revocado el edicto de pacificación, necesario era que los católicos se preparasen á una nueva guerra. No habian estado dormidos los calvinistas durante todos estos pasos, ni estaban dispuestos á ceder sin disputa el campo que ocupaban. Ya habian formado entre ellos y los príncipes protestantes del Imperio una asociación, á la que dieron el nombre de *contra liga*, en oposición de la católica. Se prepararon todos á encomendar su causa á los azares de la guerra abierta. Los católicos la deseaban con ardor, fiados en su superioridad de número y recursos pecuniarios. Mas por una contradicción que no deja de explicarse, anduvieron muy remisos los estados en aprontar al rey los fondos necesarios para hacer la guerra; tan desconfiados estaban de la sinceridad del monarca; tan interesados en que otro fuese la cabeza pública y ostensible de tan grande empresa.

La reina Catalina, sagaz siempre, sin perder nunca de vista el pro y el contra de todas las cuestiones, á quien cegaba poco la pasión, y los objetos le presentaban siempre su semblante verdadero, conoció muy pronto los graves peligros que corría el Estado y su propio poderío en caso de empeñarse seriamente aquella nueva guerra. Sabia mejor que su hijo las tendencias y aspiraciones de la liga católica, contrarias á ella y al trono, y se horrorizaba con la idea de que al fin quedase completamente vencedora. Por otra parte contemplaba á los calvinistas siempre decididos á correr los azares de una lucha cuyos resultados no podian preverse. Puso, pues, en juego esta princesa los resortes de su política, haciendo que los miembros mas influyentes del partido medio interpusiesen su mediación para evitar el choque próximo de los dos partidos. Fueron ineficaces sus intrigas, y la guerra tuvo efecto, siendo los resultados

muy prósperos desde un principio para los católicos. Perdieron los calvinistas varias plazas, y entre ellas la de La Caridad, punto importante por su posición central en las orillas del Loira, sin que por esto desmayasen. Crecian al contrario de dia en dia sus elementos y medios de defensa. Reclutaba el príncipe de Condé á toda prisa alemanes y suizos, ya próximos á entrar en Francia. Igual marcha estaba emprendiendo á la sazón el príncipe Juan Casimiro, hermano del Elector palatino, á la cabeza de un cuerpo poderoso de auxiliares.

Volvió á apoderarse el cansancio, como tantas veces sucedia, de las filas de los combatientes. Era demasiado viva la llama de la pasión que provocaba todos estos choques, para que fuese duradera. Habia disminuido mucho el ardor de los católicos á la vista de las nuevas dificultades que les oponian los contrarios. Por otra parte, la guerra les ocasionaba cuantiosos desembolsos, y ademas se hallaban roídos de la inquietud de que la corte no hiciese buen uso de tan enormes sacrificios. Abrió este desmayo nuevo campo á las intrigas de la reina madre. Dirigiéndose alternativamente á unos y á otros, poniendo en movimiento los celos, las desconfianzas mútuas, inspiró generalmente el deseo de una nueva pacificación, que al fin se ajustó en Poitiers á mediados de 1577. Para hacer ver lo inútil de estas luchas y lo imposible que era acabar con opiniones arraigadas en todo un partido numeroso cual lo era á la sazón el calvinista, pondremos en extracto los capítulos de este nuevo arreglo. Se permitia por él á los hugonotes el ejercicio libre, público y general de la religion llamada reformada, en todas las ciudades y lugares del reino pertenecientes á los de la religion, y en cualquiera otro sitio, con tal que fuese con el consentimiento de los propietarios: se les permitian sermones, oraciones, cantos de salmos, administracion del bautismo y de la cena, abrir escuelas públicas, edificar templos para el ejercicio de su religion, á excepcion de París y de sus arrabales, y

dos leguas en contorno. Se les permitia el matrimonio de los sacerdotes y otras personas religiosas, sin que por ello se les molestase o persiguiese, y se levantaba todo obstáculo en materia de religion para recibir á los calvinistas en universidades, colegios y hospitales. Se permitia al rey de Navarra y principe de Condé celebrar oficios en los lugares de su pertenencia, hallándose ausentes. En los parlamentos de París, Ruan, Dijon y Rennes, donde los calvinistas debian tener una sala compuesta de un presidente y cierto número de consejeros; debian ser estas personas elegidas por el rey, mas sometiéndose la lista al rey de Navarra y á los interesados, que podrían recusar á los que les pareciesen sospechosos. Debía conceder el rey al de Navarra ochocientos hombres para guarnecer las ciudades que se le diesen en custodia, debiendo gravitar igualmente sobre todos los subditos de S. M. todas las sumas que se aprontasen para pagar á los reitres, tanto en estas últimas como en las anteriores turbulencias.

Así, despues de tantos conflictos, de tantos desastres, de tanta sangre derramada, quedaron los calvinistas por este tratado de Poitiers bajo un pié tan favorable como por la paz ajustada en San German ocho años antes. Mas como la experiencia es enteramente inútil cuando habla fuertemente la voz de las pasiones, no sirvió de nada este escarmiento para impedir nuevas luchas de esta especie, como lo haremos ver mas adelante.

El rey de España que tenia puestos sus ojos en todos estos acontecimientos, que habia sabido con gran gusto suyo la providencia tomada en Blois de revocar el último edicto de pacificacion, que escribia cartas sobre cartas á su embajador y á otras personas influyentes, para que mantuviesen al rey en sus resoluciones, recibió la noticia del tratado de Poitiers con las muestras del mayor disgusto. Se dice que exclamó en un momento de enojo: «Es incompatible la conservacion de la fé católica en

Francia con la familia de Valois; es preciso buscar el remedio en otra parte.» Si las palabras no son ciertas, son al menos muy probables, tanto por lo que pasaba entonces en el ánimo del rey, como por su conducta sucesiva. No podian estar mas en oposicion las ideas y caracter del monarca español con las de la corte de Francia, porque tampoco podia ser mas diversa la posicion en que unos y otros se encontraban. Felipe, dueño absoluto de su casa, acostumbrado á la obediencia ciega de los españoles, sin mas creencias religiosas que una, sin facciones, sin partidos depresivos en lo mas mínimo de su autoridad, apenas podia concebir el estado convulsivo de la nacion vecina, por tantas facciones destrozada. En vano le escribió la reina madre, haciéndole ver los embarazos que rodeaban la corte, impulsada en diversos sentidos por las pasiones é intereses que mutuamente se excluian. A estas manifestaciones daba poco crédito, y solo se le halagaba tomando serias medidas para acabar de una vez con los nuevos sectarios, que con tal encarnizamiento aborrecia. Temeroso siempre del auxilio que de los calvinistas de Francia recibian los rebeldes de los Países-Bajos, veia en esta última pacificacion el principio de una nueva alianza. Y como se hablaba mucho entonces de que los Estados de Flandes llamaban al duque de Anjou para ponerle á la cabeza del gobierno, concibió el rey de España nuevos temores, de que Enrique III se declarase protector de los Países-Bajos. Pero coincidiendo esta medida con el principio del mando del principe de Parma en Flandes, dejaremos este asunto para el artículo siguiente, relativo á la administracion del nuevo gobernante.